

EL MERIDIANO

Carlos Sauras

Ediles
en actos

EN mi pueblo todas las corporaciones que se han sucedido —con alcaldes del PSOE, del PP y del PAR— han acudido a las grandes celebraciones religiosas que marcan la vida de la comunidad, se trate del Pilar, la Semana Santa o el Corpus. No es una obligación. Se trata de sintonizar con el sentimiento de sus vecinos y de las tradiciones que han conformado a lo largo de los siglos su cultura. Algo que se repite en tantos y tantos lugares de Aragón. Convertir esto en motivo de polémica no es más que perder el tiempo o querer enturbiar la convivencia.

Esta actitud se puede aplicar a celebraciones ciudadanas de todo tipo. La alcaldesa de Huesca, Ana Alós, acudía el pasado domingo a la jura de bandera y al desfile en la plaza de Navarra en el Día de las Fuerzas Armadas. La corporación quiso manifestar la buena sintonía con el Ejército, precisamente cuando se contempla el cierre del cuartel Sancho Ramírez.

Por el contrario, el sábado no había prácticamente autoridades en el desfile militar y la celebración de la plaza del Pilar de Zaragoza. Únicamente se vio al delegado del Gobierno, al fiscal superior de Aragón y al presidente de la Cámara de Cuentas. Ni responsables del Ayuntamiento ni de otras instituciones ni de los partidos. Un acto que sí contó con numerosa participación ciudadana y con la organización entusiasta de las unidades militares con sede en Zaragoza.

También el día del Corpus los zaragozanos echaron de menos al alcalde y a su equipo de gobierno. Solo siete concejales de la oposición acudieron a este acto entrañable para muchos ciudadanos. Todos los años han ido el alcalde y su equipo. ¿Tan cansados están de la campaña y de las negociaciones para no acudir? ¿No será que los nuevos aires recomiendan no significarse? Resulta incoherente ir todos los años y faltar a este. Por cierto, la concentración laicista que se monta frente a la procesión del Corpus, la autoridad gubernativa la debería autorizar en un sitio distinto, para evitar tensiones a quienes acuden pacíficamente al acto religioso. De la misma manera que no se autorizaría una concentración antisindical frente de un congreso de CC. OO. o UGT. Sentido común y búsqueda de una convivencia pacífica.

Origen de casi todos los males

LOS hechos se suceden con tal rapidez que muchas veces es difícil comprender lo que realmente acontece, pues lo que era válido ayer ya no lo es hoy y mañana ya estará obsoleto. Pero si hay algo que está surgiendo y se repite desde todos los confines de nuestro aguerido planeta es la búsqueda progresiva e incansable del dinero. Es una especie de angustia casi colectiva que se ha proyectado a nivel mundial como un objetivo de vida y parece no haber límites legales o morales para lograrlo.

Es así como las casas se atiborran con artículos que muchas veces no se usan y los restaurantes de lujo, los grandes hoteles, los trenes rápidos o los aviones privados de todo el mundo se llenan, pero muchas veces gracias a un dinero ganado sin escrúpulos y que suele ser el fruto del delito. Los protagonistas no tienen temor de dejarse ver en los periódicos y revistas de moda participando en galas y recepciones, con trajes muy bien cortados, géneros de primera calidad, corbatas de seda y una siempre presente sonrisa con la que tal vez quieren ocultar su oscuro interior.

Ante la opinión pública, los políticos se han convertido en los adelantados más visibles de esta situación. En la búsqueda del dinero han descubierto la vía del poder o, por lo menos, la manera de acercarse a él, pues no es, como dice la teoría, que este sea el fin, sino que es solo el camino para llegar a El Dorado. Cuando tiene algún tiempo libre, la clase trabajadora, que les legitima con su voto en las ocasiones que ellos mismos le determinan, observa desde lejos lo que ocurre en esos mundos inalcanzables.

Una vez que logran adquirir una pequeña cuota de presencia y de poder los emplean para crear contactos que les permitan información y luego ingresos, que además están asegurados mientras aquellos duren, y a la luz de los resul-

LA TRIBUNA

La posibilidad de reelección de los cargos políticos es el germen del que nacen la corrupción y el mal gobierno.
Por Eduardo Jara Roncati, abogado, diplomático y escritor, miembro del SIP



tados materiales que esto proporciona, por cierto que no tienen ningún interés por perderla. Fácil, pues no hay leyes que lo impidan, ya que están ligados al aparato que las controla y para aumentarlos han descubierto la fórmula mágica de la reelección.

Nada es más nefasto que esta 'institución', la reelección de los cargos políticos, que además crece sin cesar. El electo ya no piensa en el presente, sino que se concentra, actúa y sonríe para el futuro, en lo que más conviene para lograr ese fin, antes que emplear el tiempo en responder a la confianza recibida y ser útil para la sociedad. Se concentran en ver qué es mejor hacer o decir para ganar la elección siguiente y lograr así aún más presencia y más poder, para beneficiar más sus arcas y las de sus amigos y parientes, y aumentar así su radio de acción.

No solo sirve para mantenerse

en el poder, pues también se recurre a la reelección para escapar de la justicia. Más que privilegios, lo que se busca en este caso es la impunidad a través de la inmunidad. En cualquier caso, hace perder la sensación de transitoriedad y surge una especie de derecho de propiedad sobre el cargo, que por cierto pasa por encima del espíritu de la democracia.

El círculo vicioso de presencia, poder, dinero y reelección está destruyendo no solo a las sociedades, sino que a los estados, y lo mismo se repite en todos los continentes. Los medios ya casi no tienen espacio para mostrar cada vez con más intensidad los pocos casos de corrupción que logran salir del secreto, y que casi siempre tienen este origen. Como resultado, todos quieren ahora ser reelegidos, no solo los políticos, sino que presidentes de empresas, sindicatos, museos, clubes deportivos, bomberos, alcaldes, administradores de edificios y hasta directivos de ONG.

Si la reelección no existiese, los elegidos se concentrarían en el presente, en cumplir de la mejor manera posible con el encargo recibido, al término del cual entregarían el cargo al siguiente, que llegaría con ideas nuevas; y este tampoco se concentraría en su futuro, sino en la forma de cumplir con su proyecto. No habría entonces espacio ni tiempo para la corrupción y la ilegalidad, y los resultados serían servicios mejores y una Administración más limpia y productiva.

Esas cuatro falsas metas no llevan sin embargo a la felicidad y solo aumenta la frustración al no poder alcanzarlas en la magnitud esperada, olvidando que los bienes más preciosos están fuera de ese circuito. Si en el corto plazo no parece posible terminar con este flagelo, por lo menos recordemos que es de la reelección de donde viene una parte importante de las desgracias de nuestro tiempo.

Aguirre o la pasión de Dios

NO, no hablo de Esperanza Aguirre. El Aguirre al que me refiero es Juan José, cordobés, treinta años ya en la República Centroafricana, obispo de Bangui desde hace diecisiete, africano con los africanos, misionero, constructor de escuelas y hospitales, hombre de paz, defensor por igual de cristianos y musulmanes perseguidos, Premio Derechos Humanos de la Abogacía Española 2014... Hace un mes sufrió un infarto, el tercero. Afortunadamente no estaba en la selva, sino en Bangui, preparando la visita de la conferencia episcopal centroafricana a Roma. La doctora cooperante que le atendió no tenía medios. En la clínica a la que fueron después solo había un celador. Acabaron en el hospital de campaña del Ejército francés, donde le dieron la primera atención.

Necesitaba un cateterismo y un avión medicalizado, pero como no tiene seguro médico ni tuvo apoyo de embajada ni nunciatura, su familia tuvo que buscarse la vida para traerlo a

DÍA A DÍA

Por Francisco Muro de Íscar

España. A los siete stents que tenía le añadieron dos más. Teme que no le dejen volver a Centroáfrica.

Sus denuncias sobre la situación de su pueblo son rotundas. Entre selekas y antibalakas, cristianos y musulmanes, la República de Centroáfrica lleva años y años de calvario y muertes. Hay 300 niños o jóvenes en régimen de esclavitud, desaparecidos en la selva desde hace años, como los de Boko Haram, parece que convertidos en niños soldado. Allí hay diez mil soldados de la ONU, congoleños y ugandeses, bien pagados, cuyo rancho cuesta mil millones de euros al año, mientras el pueblo se muere de ham-

bre. Aguirre dice que en los últimos doce días que pasó allí no vio ningún casco azul. Algunos de esos soldados cambian una lata de lentejas porque niñas de 15 o 17 años, que tienen hambre, 'se dejen' violar. Muchos de esos soldados dicen que no están allí para morir por ese mísero pueblo, el pueblo al que ama Juan José Aguirre.

La ONU mira hacia otro lado. Francia está investigando violaciones a menores cometidas por soldados franceses. También están implicados soldados de Guinea Ecuatorial y de Chad, soldados que, como dice Aguirre, «también están de esta mierda hasta el cuello». En Centroáfrica se acaba de celebrar el Fórum de la Reconciliación, protagonizado por los mismos que han hundido el país. Parece que la paz está aún muy lejos, seguramente porque a nadie le interesa este país. Únicamente a los Aguirre que son capaces de dejarse el corazón, y hasta la vida, para llevar esperanza a los olvidados del mundo.

EL FOCO

Javier Usoz

Poderoso
viento

LA España que dejó atrás una dictadura y que hemos conocido durante cuatro décadas está siendo azotada por otro viento transformador. Su soplo originario es plural, inestable y muy difícil de identificar, pues no procede solo de la denuncia de la corrupción, ni del flujo de los medios digitales, ni del cambio generacional, ni de un contubernio de grandes intereses económicos, ni se trata, desde luego, de un veleidoso capricho por la novedad, como tampoco de un mero efecto de la situación económica, que ya no puede ser considerada como crisis, sino como un nuevo estado persistente con el que habrá que contar de cutio. Probablemente, tampoco la combinación de todo lo anterior explicaría la procedencia de este simún renovador, ni tan siquiera incorporando al algoritmo meteorológico los factores que están operando a escala mundial y que han llegado a afectar a la sacrosanta FIFA. Sin embargo, además de legítimas esperanzas, este nuevo viento, como el que cantó Bob Dylan hace medio siglo, nos está trayendo muchos más interrogantes que respuestas. Por una parte, tal y como suele temer la retórica conservadora, y no necesariamente reaccionaria, existe el peligro de que el remolino desmantele o erosione instrumentos de convivencia que ha costado mucho elaborar, como el respeto escrupuloso de la ley, o los derechos individuales y sociales que todavía consideramos propios de las sociedades avanzadas. Por otro lado, cuando se aceleran los cambios, suele suceder que, junto a la deseable desaparición de las viejas glorias anacrónicas, también queden fuera de juego, sin recibir la gratitud merecida, algunas de las personalidades que con más coraje, energía e inteligencia apostaron por la renovación de su país. Con todas las distancias debidas, le pasó a Adolfo Suárez y le acaba de pasar a Rosa Díez, ahora deenostada. En una canción reciente, Connie Corleone nos dice que «un poderoso viento barrerá todo el andén y los amantes que no amen volarán también con él». Por desgracia, este vendaval regenerador, incluido el sano cierzo de nuestra tierra, no siempre respeta a los corazones que aman. También se está llevando unos cuantos espíritus bienintencionados y necesarios.

jusoz@unizar.es